

Xavier Rubert de Ventós

Un prodigio de normalidad

Escribo desde la clínica de la doctora Cynthia Maung, justo en la frontera de Tailandia y Birmania. Aquí es donde vienen a curarse, sobrevivir o morir toda clase de pobres, desplazados, heridos de bala o tullidos por las minas sembradas por la junta birmana, la misma que quema los poblados y las cosechas de los karen, que por miles viven escondidos en la selva. La mayoría de los ingresados tienen simplemente el dengue o la malaria, como el niño que tengo a mi lado, con los ojos extrañamente abiertos, demasiado abiertos, ya cristalinos. En una esquina, al otro extremo, se encuentran tres embarazadas infectadas o gangrenadas por la caña que utilizaron allá en la selva para desembarazarse, y que han conseguido atravesar la frontera hasta llegar a la clínica. Un buen número de los pacientes son heridos de bala. Las mujeres más afortunadas llegan sólo con los moratones de palizas domésticas.

La doctora Cynthia ha ganado este año el Premi Internacional Catalunya junto a Aung San Suu Kyi, que lleva más de 12 años detenida sin juicio y a la que le han prorrogado la detención aún por otro año. Dos mujeres: la heroína de la resistencia junto a la heroína de la asistencia. Pero no voy a hablar aquí de lo que ya cuentan los periódicos: el levantamiento de 1988, la revuelta de los monjes en septiembre o el ciclón del Irauady con más de 150.000 muertos y desaparecidos.

Una de las actividades más pintorescas –y heroicas– organizada por la doctora es la creación de un equipo de “enfermeros de mochila” que se juegan la vida (ocho han sido fusilados este año) cruzando clandestinamente la frontera y penetrando en la selva birmana para curar a los desplazados que viven allí escondidos y no están en condiciones de llegar por sí mismos a la clínica. Una clínica o lo que queramos llamar a esas casonas convertidas en una comunidad; en un enternecedor complejo de hospital, orfanato, guardería, geriátrico, tanatorio y fábrica de piernas protésicas.

La doctora es la imagen misma del antihéroe (de hecho, el único atrevimiento que mostró fue dejarse llevar en moto por

mí desde su casa hasta la clínica). Su actividad tampoco tiene ninguna aureola especial; es más bien un prodigio de normalidad, de banalidad incluso; un testimonio de ese “pequeño heroísmo” de las mujeres tan bien descrito por San Suu Kyi en *Libres del miedo* (Galaxia Gutenberg, 1994). Libres de ese miedo capilar, de tantos ideólogos, políticos o moralistas capaces de proyectar grandes utopías pero paralizados por esas secretas razones del corazón en las que el miedo a menudo se dis-



más que “palabras, palabras, palabras”. Y aquí, en la clínica, todo sigue su ritmo sereno e impecable, como la agonía del niño con los ojos abiertos y que han dejado de ser brillantes para hacerse más glaucos. Aquí no parece haber espacio para exhibir principios, imaginar revoluciones o dar rienda suelta a las toneladas *chinnoiserie* sentimental que traemos puesta. Aquí los niños mueren justo como del árbol caen hojas aún tiernas o como la noche sigue al día sin apenas transición, casi de repente, aquí en el trópico.

Pero terminar en este punto mi escrito sería una muestra más del patetismo, que esas dos mujeres rechazan. De modo que prefiero acabar describiendo un hecho mucho más liviano, apenas un poco triste y ciertamente más polémico. El boletín de la *Burma Campaign U.K.* del mes de abril nos recuerda que la Unión Europea anda todavía dividida en torno a la cuestión birmana. Algunos países como Noruega, Dinamarca o Gran Bretaña han solicitado mayores presiones políticas y económicas sobre la junta militar del general Than Shwe. Otros, como Polonia, Francia o España, han propuesto por el contrario la reducción de las medidas de presión ya existentes ante el peligro de que la caída de la junta pudiera representar un peligro para la unidad de un país formado por pueblos y etnias distintas. Y ello a pesar de que Suu Kyi es el único político aceptado por todos ellos. ¿A qué se deben pues estas diferencias? “La oposición de Francia –explica el boletín– es atribuible a que Total Oil, la mayor compañía francesa, es uno de los principales inversores en Birmania”. De la posición española, sin embargo, no dice nada.

¿Será que si Francia tiene Total Oil, para la que sería un mal negocio, España tiene Catalunya, para la que podría ser, como lo eran Croacia o Kosovo, un mal ejemplo?

¿Hasta cuándo los catalanes y castellanos van a tener que seguir siendo procratas o proserbios *ex officio*? ¿Y hasta cuándo podrán los países valorar objetivamente los conflictos internacionales sin ver en ellos el reflejo de sus problemas, el test Roschard de su propia cocina?●

Más allá –o más acá– de los grandiosos “Conflicto” o “Alianza de Civilizaciones”, ambas mujeres parecen estar construyendo desde el Oriente un pequeño puente de inteligencia y complicidad que conectaría de algún modo con el discurso de Vaclav Havel, Elias Canetti o Primo Levi.

Pero al fin lo que hoy escribo no son

franza. “No es el poder lo que corrompe –escribe San Suu Kyi– sino el miedo; el miedo a la cárcel, a la tortura, a perder los amigos, a quedar mal, al aislamiento, a sentirse eclipsado”. “Y una de las formas más nocivas de este miedo –precisa aún– es la que se viste de sentido común o de prudencia y que condena como fatales los pequeños actos de valor cotidiano que permiten mantener la dignidad”.

¿Hasta cuándo los catalanes y castellanos van a tener que seguir siendo procratas o proserbios *ex officio*? ¿Y hasta cuándo podrán los países valorar objetivamente los conflictos internacionales sin ver en ellos el reflejo de sus problemas, el test Roschard de su propia cocina?●

Lluís Foix



La deformación de la realidad

Además de sus actos y sufrimientos, la guerra es un torrencio de palabras. Es la percepción de Adan Kovacsics que en *Guerra y lenguaje* (Acantilado) siente escalofrío cuando a la crueldad de un enfrentamiento se suma la frivolidad verbal. Vivimos tiempos en los que sutilmente estamos perdiendo la fe en las palabras y sin fe en las palabras se tiende a abandonarlo todo, a la confusión general, a estar rodeados de un nuevo analfabetismo que nos conduce a las consecuencias de perder el sentido del lenguaje.

No quiero referirme solamente a la tozudez del Gobierno Zapatero en desconocer la palabra crisis, como consecuencia de los adversos datos económicos que día sí y otro también están apareciendo en las pantallas de la economía española. Si el Gobierno niega la crisis y la endulza con palabras más suaves, menos categóricas, está tirando piedras sobre su propio tejado. La gente experimenta la crisis que ha llegado y no entiende por qué el Gobierno la niega.

El primer paso para deformar la realidad es el cambio del sentido de las

El primer paso para deformar la realidad es el cambio del sentido de las palabras

palabras. Lo dijo Montaigne hace casi cinco siglos y lo repitió más recientemente Lewis Carroll, el autor de *Alicia en el país de las maravillas*. No se teme la crisis sino su negación.

Y lo que es más inquietante es el olvido de lo que se dijo, el sentido que tenían las palabras hace unos meses en comparación con las mismas que ahora se utilizan y que con frecuencia dicen exactamente lo contrario. Ya sé que puede parecer una quimera pero los políticos y, por supuesto, los periodistas, deberíamos recuperar la lengua. La salvación nos llegará por la escritura y por el lenguaje. Podremos resistir si reestructuramos la lengua para evitar perderlo todo.

Cambiando de registro, estamos otra vez con la protección de la lengua castellana, que ya es la tercera lengua en internet y goza de una salud espléndida. También en aquellos territorios que tenemos el privilegio de ser bilingües. La lengua, escribió Nebrija en el prólogo de su *Gramática*, siempre acompaña al imperio. Ambos han nacido, crecido y prosperado juntos. La lengua mayoritaria, la imperial si se quiere, no se puede tocar. Los idiomas pequeños son marginales. No.

Pueden ser marginales pero son tan importantes como las lenguas grandes. Cada lengua contiene, según Steiner, no solamente una carga de memoria singular de lo que se ha vivido, sino también una energía evolutiva de su futuro, una potencialidad del mañana. La muerte de una lengua es irreparable, reduce las posibilidades del hombre. El castellano no morirá por muchas que sean las alarmas que siembren los intelectuales de postín.

El catalán sí que peligró. El defender su presente y futuro no es cuestión de territorialidad. Es la defensa de un patrimonio que tenemos quienes también escribimos, casi habitualmente, en castellano.●

Norbert Bilbeny

Competencias educativas

La convergencia europea exige a las universidades la reforma de sus planes de estudio. Para ello, la normativa dice que primero deben fijarse las “competencias” que el estudiante ha de adquirir en cada carrera, y sólo después especificarse las materias y asignaturas de esta.

Y todo esto está muy bien. Cultivar aptitudes es indispensable para la ciencia y el pensamiento. No obstante, en la universidad tales requisitos no pueden suplir ni a los contenidos ni a las actitudes. El saber se adquiere con formalidades, pero no se reduce a ellas. No dan, por sí mismas, el saber. Las destrezas que exigimos al graduado en filosofía, por ejemplo, y que determinan los planes de estudio en esta facultad, no son muy distintas, ni en clase ni en número, a las que se propone desarro-

llar el parvulario de mi hija pequeña el próximo curso: “Clasificar, relacionar, inducir, deducir, observar, definir, etcétera”, copio textualmente de su Propuesta Educativa en P3. En la jerga de la tecnopedagogía actual, eso se llama, para los pequeños, “capacidades”, y para los mayores, ya en la universidad, “competencias”. Puede que esta coincidencia sea peligrosa para estos últimos.

Más que poner, pues, el acento en el aprendizaje, y en el manido, hoy, aprender a aprender, hay que ponerlo en la enseñanza, si de lo que se trata es de formar o, aún, de educar. En otras palabras: más que transmitir información, y de entrenar para recibirla de modo continuo, la universidad debe tomarse como responsabilidad la tarea prioritaria de formar y educar en un plano superior. Este incluye tanto

lo profesional o científico como lo cívico y reflexivo. La enseñanza no desemboca en el mero saber positivo, pero tampoco en las escuetas capacidades formales. Cuando tantos se llenan la boca con la “sociedad del conocimiento”, quizás deberíamos preguntarnos si este no es un mito más, una ilusión que sirve de tapabocas para no tener que hablar, mejor, de una “sociedad de las habilidades”, formativamente baja de techo.

Durante siglos la universidad era el “estudio general”. Lo importante en ella nunca ha sido aprender a aprender, ni el aprender mismo. Sino estudiar: llenarse de saber con libertad, espíritu crítico y ánimo de servicio. Ahora bien, insistir más de la cuenta en las competencias, a veces más que en el estudio mismo, no creo que ni siquiera nos haga más competitivos.●